

¡Cualquier cosa!



SEGURO estoy de que todos los lectores y lectoras de ESTUDIO al mirar el título que encabeza estas líneas dirán para su capote: ¡Vaya una pata de gallo con qué nos sale ahora este buen señor! ¡Si habrá creído el muy... hombre poder hacernos comulgar con ruedas de molino, y que estamos

dispuestos a dar nuestro dinero a cambio de las pampiroladitas que a cualquier escritorillo del tres al cuarto, aunque sea consagrado, le venga en gana decirnos! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Y es muy natural que se expresen así tan apreciables damas y caballeros puesto que todas y todos creen y piensan que cualquier cosa no puede ser más que... cualquier cosa; es decir, nada entre dos platos, nada capaz de llamarla a persona alguna formal y seria y que hablar, discutir, pensar, escribir y entretenerse en cualquier cosa equivale a discutir, hablar, escribir pensar y entretenerse en nada provechoso y útil, lo cual se llama en castellano perder lastimosamente el tiempo.

Lo mismo exactamente creía y opinaba este servidor de Vds. hasta hace unas cuantas semanas, pero ahora nó; ahora creo y opino de muy distinta manera. Tengan un poco de paciencia y pronto sabrán a que fué debido ese cambio de cascaca.

Hace unas tres ó cuatro semanas estaba sentado ante la mesa que ocupa el centro del salón de lectura en el domicilio social del "club del pino" al que pertenezco como socio há ya bastantes años, entreteniéndome en leer los periódicos y revistas que allí había y en trasladar a todo correr del lápiz a mi cuaderno de apuntes cuanto pudiera serme útil para la confección de las notas sueltas y las atadas, las domingueras y las de cada lunes y cada viernes que periódicamente envío a varios diarios de esta capital y de provincias, de los cuales soy asiduo colaborador, cuando se acercó a mí de puntillas el portero del Club y me dijo en voz muy baja lo siguiente:....D. Pascasio Paquidermo nuestro digno presidente y dueño y señor de esta casa le espera a Vd. en el cuarto de la presidencia.

Recogí enseguida mis bártulos y después de amontonar de cualquier modo los periódicos y revistas que yo mismo había desparramado sobre la mesa, como quien siembra arroz a boleto, me dirigí al trote largo al sitio que me indicara el portero.

Allí estaba efectivamente su honorabilidad presidencial quien, después de corresponder a un saludo oprimiendo mi diestra con la suya que más parecía de oso que de hombre por lo velluda, me señaló uno de los sillones que allí había para que me sentara, y haciendo él lo propio en otro contiguo al por mí ocupado me dijo en tono afable y meloso, del todo opuesto a su áspero carácter y genio avinagrado, lo siguiente:

—Ud. sabe muy bien, Antón, que algunos socios de otros clubs envidiosos sin duda, de la prosperidad y grandeza del nuestro, han bautizado a éste con el infamante y ridiculo apodo de "El club de la albarda" pretextando para ello su falta de representación en la prensa local. Pues, bien; la directiva ha elegido a Ud. para que, ingresando la dirección de la excelente revista ESTUDIO, restablezca el buen nombre de nuestro Club del pino, el más famoso y envidiado de todos los existentes en Manila.

—Honrosa y halagadora en alto grado me parece, contesté la alta misión que la directiva y su presidente se han dignado confiarme al elegirme por paladin defensor del buen nombre y fama de la entidad social que representan, pero debo confesar ingenuamente que estoy de todo punto imposibilitado para aceptar tan honrosa distinción. Vd. sabe que la actual redacción de ESTUDIO está integrada por verdaderas eminencias en todos los ramos del saber y por lo tanto es muy razonable y justo que el digno y eficiente director de tan valiente publicación rechace la colaboración de cualquiera escritor desconocido. Y aun suponiendo que el Director llevando hasta lo inconcebible su galantería para con nuestro club, admitiese mi colaboración en su revista, no podría en manera alguna complacer a la directiva y su presidente admitiendo la honrosa distinción de que me han hecho objeto por no tener asunto tema de qué escribir, puesto que los actuales redactores de ESTUDIO hablan tan magistralmente de todo, de religión y ciencias, de política y sociología, de literatura y arte que no dejan cabo suelto al cual algún otro escritor pueda agarrarse.

No bien hube yo pronunciado la última frase del precedente párrafo tomó él de nuevo la palabra y me dijo sonriendo é inundado de alegría el rostro que por cierto se le había entenebrecido no poco al escuchar mi rotunda negativa.—No se apure Vd. por eso del tema, amigo Antón, pues la directiva siempre previsora ha elegido para Vd. uno nuevo, del cual nadie, hasta la fecha ha dicho ni una sola palabra.

—¿Y cual es?—interrogué yo más con la mirada que con la boca:

—Sí, querido—dijo él en el tono familiar y afectuoso y como si no se hubiera apercebido de mi pregunta—Vd. escribirá en ESTUDIO de "cualquier cosa" seguro de que ningún literato de las edades pasada, presente y porvenir haya escrito una sola letra acerca de la materia.

—¡De cualquier cosa!!... ¿y qué es cualquier cosa?—pregunté no poco amostazado, por creer que se trataba de darme una pesadísima broma, añadiendo antes que él me contestara,—Vd. dirá ¡qué lo averigüe Vargas!

—No señor, lo que yo digo,—repuso él, en tono imperativo—es que lo averigüe Vd. por los medios que estén a su alcance y los que no lo estén estudie, inquiera, pregunte, adquiera libros, haga viajes sin reparar en los gastos por excesivos que le parezcan, pues ha de saber que todos cuantos haga con motivo de sus averiguaciones necesarios, convenientes y superfluos están previamente aprobados y de todos responden las bien repletas cajas del club y las no flojas rentas de su presidente.

Aunque hé pasado toda mi vida sujeto a la ajena voluntad a la de mis padres, primero y luego y hasta que Dios quiera a la de mi esposa que maneja el cotarro y la vara en mi casa y a la de los jefes de la oficina en la que há más de quince años trabajo doce horas diarias a cambio de un sueldo ni muy crecido ni mezquino, pero si suficiente para atender a las necesidades propias y a las de mi numerosa familia, he de confesar con toda ingenuidad que el tono de marcadísima imposición usado por el honorable Paquidermo en su alegato me repugnó tanto y me quemó la sangre de tal manera que hubiera dado al traste con todo separándome para siempre de aquel numeroso rebaño que se estaba satisfecho a la sombra del pino si los sólidos y luminosos razonamientos contenidos en las últimas palabras de D. Pascasio, ó por mejor decir, los encerrados en sus pingües rentas y en las repletas cajas del club no hubieran calmado por completo mis nervios y llevado la luz a mi inteligencia para que viese claramente la verdad.

Si aquel modo de razonar tan contundente, capaz de llevar la luz de la verdad a la más obtusa inteligencia iluminó de tal manera la mía con sus esplendorosos rayos que fácilmente la indujo al convencimiento de que "cualquier cosa" debía ser algo grande y extraordinario, aunque desconocido y que el mortal que tuviera la dicha de descubrirlo, prestaría un inmenso servicio a la humanidad y sería acreedor a que ésta grabase su nombre con letras de oro en plancha de bronce.

Yo no sabía ni podía explicar lo que por mí pasaba en aquellos momentos, pero era lo cierto que se había obrado en mí un cambio completo, como si de nuevo hubiera entrado en el horno de fundición, sintiéndome otro hombre del todo dis-

tinto del que hasta entonces había sido. Ya no era yo aquel Antón que no conocía más mundo que su casa y su oficina, ni más sociedad que la compañía de su mujer y sus hijos, ni aspiraba a otra felicidad en la tierra fuera de la que le proporcionaba aquel bien propio y de su familia pobremente del sueldo que me daba la casa a la que prestaba mis servicios y del sobresueldo que ganaba con mi colaboración en varios periódicos de Manila y provincias; era otro Antón completamente nuevo en cuyo cerebro relampagueaba el genio y bullían ideas de grandeza y cuyo corazón se sentía bastante fuerte y animoso para descubrir un nuevo mundo como Colón, o dominar y meter el resuello en el cuerpo al antiguo como Alejandro. Tan radical era el cambio que se había verificado en mi interior que, de haberse operado el mismo en mi fisonomía, estoy seguro de que a mi vuelta a casa mi mujer y mis hijos me hubieran rechazado como a un extraño e intruso.

Algunas veces volvía a mí el buen sentido, el sentido de la realidad que desbarataba todos aquellos castillos fundados en el aire de la ilusión y del alucinamiento; pero bien pronto los vivos resplandores irradiados por aquello de las cajas repletas y las pingües rentas de que podría usar y abusar a mi gusto, y sin que nadie me fuese a la mano disipaban las dudas todas de mi mente y ahuyentaban los escrúpulos de mi conciencia. Y, ¡pásmense Vds.! hasta llegué a persuadirme de que el Sr. Paquidermo y los cinco o seis individuos más de la grey que con él componían la directiva del club del pino habían sido inspirados por superior soplo al elegirme por su representante en la redacción de ESTUDIO al modo que en otro tiempo fueran también inspirados Caifás y la burra de Balaan y de que yo era el hombre señalado por el dedo de la providencia para sacar al mundo del oscurantismo de sus añejas preocupaciones y con las irradiaciones del genio conducirlo sin tropiezo a la felicidad por las vías del progreso.

Si; las ideas de redención y heroicidad me subyugaban de tal manera, que en aquellos momentos hubiera aceptado cualquiera sacrificio incluso el de la propia existencia a cambio del título honoroso de héroe, o el de desfacedor de entuertos a lo Quijote. Y como la propuesta de la directiva del club del pino me ofrecía ocasión propicia para actuar como tal héroe y libertador, asentí gustoso a ella expresando mi aceptación del siguiente modo.

—Bien, querido presidente, aquí está la víctima propiciatoria que Vds. necesitan y desean para la salvación de la honra del club que con tanto provecho propio gobiernan: y si el Director opina como Vds. y me admite entre los redactores de su valiente publicación, Antón del Charco militará desde esta fecha al lado de los adalides de esa revista guerrera escribiendo en ella de "cualquier cosa" despues que haya averiguado lo que "cual-

quier cosa" significa: y para llegar cuanto antes a ese conocimiento trabajará sin descanso día y noche poniendo en juego todos los medios a su alcance y los que no lo estén. Indagará, preguntará, inquirirá; leerá libros, consultará enciclopedias; pasará la gran urbe por arriba y por abajo, por el centro y por los costados; se convertirá en ratón de sus bibliotecas y en gorgojo de sus archivos; visitará las redacciones de periódicos y revistas, los templos, las logias, las sinagogas, los clubs, los hoteles, los restaurants, los cabarets, las casas de juego, las universidades, los colegios, los schools, las oficinas públicas y los domicilios particulares los hipódromos y las galleras, las grandes fábricas y las pequeñas, los mercados públicos y los que no lo son, los grandes comercios, las tiendas de sari-sari y los carihans; se mezclará en los corrillos, escuchará conversaciones; sorprenderá secretos, y adivinará las más ocultas intenciones: recorrerá las provincias y distritos del Archipiélago, viajará por el extranjero, visitando los dos mundos conocidos, el nuevo y el viejo y los que aun están por conocer, descenderá al profundo y examinará su suelo y elevándose como águila a la región del aire "traspasará las nubes, penetrará en los astros y conversará con sus habitantes si los tuviesen. En una palabra, en la tierra, sobre la tierra y debajo de la tierra no habrá solo rincón que no visite y cosa alguna que no examine hasta llegar al completo conocimiento del verdadero significado de "cualquier cosa": y cuando haya adquirido ese conocimiento, ¡ah! entonces publicará en ESTUDIO con letra cursiva y menudica, para que nadie los pueda leer, innúmeros e inmensurables artículos reseñando la naturaleza, esencia y presencia de "cualquier cosa", sus costumbres, sus cualidades, su indumentaria, si gasta gorro frígido, mandil, o ambas cosas a la vez, la ciudad donde habita, la nación a qué pertenece sus ideas políticas y sociales, si las tuviere, sin que quede un detalle por insignificante que sea del que dejen de tener conocimiento los amables lectores de la revista que dirige el Sr. Aboitiz. Y, como quiera

que mientras esto llega habrá de pasar un lapso de tiempo bastante largo, igual por lo menos a la resistencia de las cajas del club y las rentas de su presidente, éste servidor de Vds. empeña su palabra de caballero de que, durante ese tiempo, semanal quincenal o mensualmente dará en ESTUDIO cuenta detallada del curso de sus gestiones y de las peripecias que con tal motivo, experimente, que sospecha habrán de ser no pocas, graciosas y dignas de ser conocidas.

Al terminar yo de pronunciar el párrafo de oratoria traperera que antecede, despertó mi interlocutor que arrullado sin duda por la música nada armónica de mi áspera y desafinada voz, se había quedado profundamente dormido durante mi perorata roncando en tono de becerro, clave de fá con muchos sostenidos y después de frotarse los ojos con el dorso de su velluda diestra y desperezarse dos o tres veces me dijo en tono enfático y solemne:—Muy bien Antón, así me gustan los hombres decididos, no esperaba otra cosa de su buen corazón y claro entendimiento. Lleno de alegría y satisfacción iré a dar cuenta del buen éxito de mis gestiones a los otros miembros de la directiva que me esperan en el salón de juntas repitiéndoles en todos los tonos aquellas palabras=veni, vidi, vici =que cierto emperador romano pronunció ante el senado de aquella república y que traducidas libremente al lenguaje de castilla quieren decir=falló el pistón y salió el tiro por la culata.

Y sacando luego de su cartera un cheque de siete mil pesos contra el banco de las Islas me lo alargó a la vez que decía: tome Vd., esto para abrir boca. Y se despidió de mí, estrujando mis delicadas manos entre sus dos manazas de atleta.

Y como quiera que hay tela cortada para muchos trajes, o lo que es lo mismo, materia abundante para darles charla por espacio de muchas semanas, se despide de Vds. hasta el sábado que viene, el otro, ó el de más allá, éste su seguro servidor,

ANTON DEL CHARCO.

Dr. Miguel de la Concepcion
DENTISTA
 25 T. Pinpin Tel. 3532

A. M. OPISSO
ABOGADO
 501-502 Filipinas Bldg. Tel. 802

A M A Y A
 Partituras para canto y piano de esta hermosa ÓPERA VASCA
 ₱ 12.00
A. NOARBE
 Rosario 141 Manila

Felícísimo R. Feria Gabriel La O
FERIA & LA O
ABOGADOS
 China Bank Bldg., Juan Luna, Manila.
 Tel. 1792.